

LA IGLESIA DE LAS MUJERES



Colección
“Cultura y sociedad” - Enfoques

Lucetta Scaraffia
en diálogo con Giulia Galeotti

La Iglesia de las mujeres

Prólogo de M^a del Mar Graña



Ciudad Nueva

Título original: *La Chiesa delle donne*
© 2015, Città Nuova Editrice
via Pieve Torina, 55 - 00156 Roma
www.cittanuova.it

Traducción: *M^a Dolores García Arnaldos*
Edición: *Ana Hidalgo*

Diseño de cubierta y maquetación:
Antonio Santos

© 2017, Editorial Ciudad Nueva
José Picón 28 - 28028 Madrid
www.ciudadnueva.com

ISBN: 978-84-9715-382-9
Depósito Legal: M-24.555-2017

Impreso en España - Printed in Spain
Imprime: Afanias Industrias Gráficas - Alcorcón (Madrid)

PRÓLOGO A ESTA EDICIÓN

MARÍA DEL MAR GRAÑA CID¹

La editorial Ciudad Nueva me ha pedido que prologue la edición española de *La Iglesia de las mujeres*. Respondo muy gustosa. Lucetta Scaraffia es una reconocida historiadora cuya obra sigo y leo desde hace mucho tiempo. Bien es verdad que en esta ocasión no estamos ante un libro suyo propiamente dicho. O, al menos, diríamos que es suyo solo en parte. Sin embargo, esta peculiaridad constituye uno de los atractivos y valores del texto que ahora ve la luz en España. Se trata de un trabajo que recoge varias voces: la de la propia Scaraffia como principal protagonista, la de su entrevistadora, Giulia Galeotti, y la de Alessandro Barban. Son asimismo diversos los géneros literarios empleados, pues la entrevista, que ocupa la mayor parte del libro, convive con el ensayo: así podríamos catalogar la interesante y extensa introducción escrita por Giulia Galeotti. Encontramos además diversidad temática al abrigo de la

¹ Doctora en Historia Medieval y profesora en la Facultad de Teología de la Universidad Pontificia Comillas (Madrid). Especialista en Historia de las Mujeres, su interés preferente se centra en la espiritualidad y la mística femeninas [NdE].

gran cuestión general reflejada en el título. Nos hallamos, en definitiva, ante un texto polifónico y poliédrico.

Es preciso partir de aquí para entender otros valores de la obra. Así, la plena actualidad de unos contenidos referidos a algunas de las cuestiones más importantes y candentes que hoy día se plantean en torno al tema «Iglesia y mujeres». O el hecho de que se haga desde una perspectiva histórica y no propiamente teológica. Ciertamente que la teología no puede explicarse ni desarrollarse cabalmente sin la historia y sus metodologías, máxime en el marco de una religión de la encarnación como es el cristianismo. Pero cabe añadir que la específica problemática de las mujeres requiere ser contextualizada en el tiempo y el espacio para poder ser entendida y, por consiguiente, resuelta. Todas estas características hacen que la lectura del libro mueva a reflexión y suscite preguntas. Es otro de sus valores, quizá el más destacado.

Quisiera exponer aquí alguna de las que pueden ser de mayor interés para el lector. Empecemos por el título. ¿De qué hablamos cuando planteamos la cuestión «Iglesia y mujeres»? ¿Este tipo de enunciados son una moda, un querer acomodarse a las nuevas inquietudes surgidas con los cambios sociales y políticos contemporáneos, sobre todo el feminismo? ¿Se trata de un problema real y que es preciso resolver?

Hay, indudablemente, un problema que debe ser resuelto. El papa Francisco viene pronunciándose sobre ello y ha señalado, al menos, tres ámbitos de acción necesaria. Uno es el «desafío» que «no se puede retrasar más» —en sus propias palabras— de brindar a las mujeres nuevas formas de presencia y participación en la Iglesia y en la vida

eclesial de modo que no se sientan «invitadas» o que perciban que su servicio es, en realidad, «servidumbre»². Otro es el espacio teológico, donde ha de incrementarse la participación femenina³. El tercero es necesario para que los otros dos puedan llevarse adelante: «hay que hacer una profunda teología de la mujer»⁴.

La percepción de este problema tiene mucho que ver con el cambio contemporáneo de sensibilidad propiciado en parte por el feminismo. Pero quiero subrayar la expresión «en parte», porque creo que aquí radica una de las mayores dificultades que se plantean actualmente al abordar la cuestión. Es cierto que, tras la irrupción del movimiento feminista y las conquistas que se han logrado para las mujeres en el ámbito de la sociedad civil, ha habido un notable cambio de mentalidad y de costumbres en el mundo occidental. Sin duda, todo ello ha propiciado la reflexión sobre la concreta situación en la Iglesia. No deja de ser un proceso lógico y natural. Sin embargo, frente a quienes consideran que esto es una «moda» a la que la Iglesia no tiene por qué adecuarse o que el orden eclesial sigue sus propias reglas que no tienen por qué acompañarse a las del mundo civil, habría que responder que desde esos posicionamientos no se está respondiendo a la realidad de lo que sucede. Y no es la teología, sino la historia, la disciplina que nos brinda la clave.

² Cf. Discurso al Pontificio Consejo de Cultura, feb. 2015; palabras ante el Pontificio Consejo de Laicos, oct. 2013.

³ Cf. Recepción a los miembros de la Comisión Teológica Internacional, dic. 2014.

⁴ Cf. Declaraciones en el viaje de regreso de la Jornada Mundial de la Juventud de Río de Janeiro, sep. 2013.

La historia de la Iglesia estuvo dominada durante siglos por lo eclesiástico. Difícilmente hubiese podido ser de otro modo considerando que fueron los clérigos sus principales cultivadores y que la eclesiología dominante era de corte institucional. Los laicos y, por supuesto, las mujeres, no formaban parte de esa historia salvo raras y escasas excepciones, habitualmente presentadas desde el prisma de la superioridad clerical. Desde comienzos del siglo xx surgieron nuevos planteamientos historiográficos más atentos a lo social y lo mental que eclosionaron sobre todo en el meridiano de la centuria, tras la Segunda Guerra Mundial. Una nueva generación de profesores e investigadores laicos acometió la tarea de estudiar la historia de la religión y la espiritualidad en clave social. Estas nuevas metodologías otorgaron voz al laicado y permitieron comprobar que las mujeres habían tenido experiencias y comportamientos peculiares en el ámbito de lo religioso. Quiero subrayar que estos autores no tenían nada que ver con el feminismo.

Las «peculiaridades» femeninas incitaron a tirar del hilo y seguir indagando en esa dirección. Se comprobó que, en una medida importante, eran fruto de la diferente situación social y eclesial de las mujeres. Pero había más. Y aquí sí que es importante otorgar al movimiento feminista la importancia que se merece. El feminismo, entre sus múltiples aportaciones valiosas, ha incitado a replantear los enfoques, a formular preguntas nuevas. Ello ha enriquecido extraordinariamente la exégesis bíblica y el análisis de los documentos históricos. En contraste con el anterior punto de vista clerical, la modificación del enfoque ha sido completa. Si en un primer momento quizá se cargaron más las tin-

tas sobre los indicios de subordinación femenina, brotó después la necesidad de plantear lo que en castellano se viene denominando «agencialidad» al traducir del inglés. Es decir, una visión de la mujer como sujeto o agente y no como víctima, lo cual lleva a plantear la historia no desde la clave de lo que las mujeres no han podido hacer, sino de lo que han hecho. Ello ha abierto todo un mundo de posibilidades y nuevos caminos a la investigación. Constituye hoy día, sin duda, uno de los campos de estudio más ricos, activos e innovadores.

La investigación histórica está demostrando que las mujeres han tenido una historia propia y muy destacada en el cristianismo. Por su parte, la exégesis bíblica está llamando la atención sobre su peso central. En el libro se tratan estas cuestiones. Se subraya el protagonismo de una mujer, María, en el inicio de la historia de la redención, o el hecho de que Jesús entablase importantes relaciones con mujeres y las responsabilizase del anuncio de la Palabra. Podemos hablar, por ello, de la «feminidad del paradigma cristiano» como un elemento consustancial a nuestra fe. Asimismo, a lo largo de la historia cristiana las mujeres han sido agentes activas e imprescindibles en muy diversos campos, desde la evangelización a la espiritualidad. Este protagonismo y esta capacidad femeninas siguen estando de plena actualidad en la Iglesia de hoy, sustentada en buena parte por mujeres, tal y como nos recuerdan estas páginas. Sin embargo, todo ello contrasta de forma notoria y dolorosa con la situación femenina de subordinación y marginación institucional y teológica en la Iglesia.

Por consiguiente, plantear hoy la cuestión «mujeres e Iglesia» no obedece a un «estar de moda» ni implica un

«dejarse llevar» por el mundo civil. Antes bien, es ese contraste entre lo que se hace y lo que se reconoce, entre lo vital y lo institucional e, incluso, entre lo que pudo haber sido y lo que finalmente fue en el diseño eclesiológico, lo que nos incita a ello. Además, no se trata de una inquietud nueva: diversas autoras han cuestionado la situación femenina en la Iglesia a lo largo de la historia. Baste indicar aquí a título de ejemplo las inquietudes de Eloísa en su correspondencia con Abelardo en el siglo XII. O los subrayados que la abadesa clarisa sor Isabel de Villena realizó en el siglo XV sobre la especialísima relación entre Jesús y las mujeres a la luz de su gran erudición bíblica y de una exégesis realizada en clave femenina. Otro ejemplo fundamental que se aduce en este libro es el de Teresa de Jesús con su famosa oración-alegato incluida en *Camino de perfección*: en ella, precisamente, ponía el dedo en la llaga de este tremendo contraste entre la actuación y la actitud de Jesús respecto a las mujeres y la situación de ellas en la Iglesia de su tiempo, aquel difícil siglo XVI.

¿Qué ha pasado entonces en la historia del cristianismo? ¿Por qué las mujeres llevan siglos planteándose su situación eclesial sin que esta apenas haya cambiado? ¿Por qué, todavía hoy, seguimos dando vueltas al tema? ¿Por qué parece que es nuevo cuando no lo es?

Las respuestas a estas preguntas pasan por considerar varios conceptos importantes. Es el caso de «feminidad», «género» y «feminismo». A la luz de la historia de las mujeres cristianas y de su pensamiento, está meridianamente clara la necesidad de revisar el concepto teológico de feminidad y formular una nueva antropología de la mujer. Ello conduce directamente al problema del «género». Este tér-